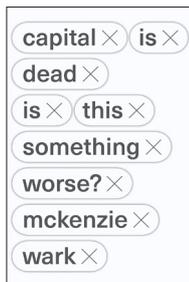


Reseña/Review (Wark, McKenzie, “Capital is dead. Is this something worse?”, Londres: Verso, ISBN: 978-1-78873-530-8, 208 págs., 2019).



En una conversación reciente, una amiga me comentó su decisión de no emplear la palabra ‘capitalismo’ en su tesis doctoral sobre el fenómeno de la datificación. Aunque su tema es la relación entre el cuerpo somático y el objeto digital, le estaba resultando muy difícil abordarlo sin analizar también el marco económico en el

que se desarrollan esas tecnologías, y que sigue designándose unívocamente bajo el nombre de capitalismo. La dificultad para ella estribaba en el nivel más básico de la escritura: su sensación era justamente que se había convertido en una suerte de automatismo o lugar común y, como consecuencia, había perdido gran parte de su capacidad explicativa y de cuestionamiento crítico. Tras el encuentro le envié el enlace a un artículo que había leído unos días atrás y que resumía las ideas principales de un libro que iba a publicarse próximamente, en el que se criticaba el apego emocional de la izquierda a la creencia en la continuidad del capitalismo y la resistencia a pensar en la emergencia de un nuevo modo de producción que requeriría crear un vocabulario distinto y expandir nuestro lenguaje.

El libro era *Capital is dead. Is this something worse?* de la teórica de los medios McKenzie Wark, que en 2004 publicó su célebre *A Hacker Manifesto* (del que podría considerarse una segunda parte). Pese a su filiación marxista, o precisamente a causa de ella, Wark denuncia que el concepto de capital ha dejado de funcionar como concepto histórico y se ha convertido en una producción teológica. Un repaso por la bibliografía especializada de los últimos años permite constatar la proliferación de estudios que tratan de explicar el modelo económico actual poniendo el foco sobre algún rasgo específico, a menudo relacionado con la tecnología: capitalismo cognitivo, capitalismo de vigilancia, capitalismo de plataformas, capitalismo digital... Todos parecen coincidir en que la esencia del capitalismo permanece y lo único que cambia es su apariencia, que puede aprehenderse añadiendo un modificador u otro. Esta dualidad entre esencia y apariencia debe ser abandonada para devolver el concepto de capitalismo al ámbito de la historia, lo que implicaría que la pregunta sobre cómo y cuándo termina debe permanecer abierta. Para Wark, la respuesta a dicha pregunta es que el capitalismo ha muerto, si entendemos como tal un modo de producción basado en la acumulación de capital posibilitada por la propiedad privada de los medios de producción.

This is not capitalism anymore; it is something worse. The dominant ruling class of our time no longer maintains its rule through the ownership of the means of production as capitalists do. Nor through the ownership of land as landlords do. The dominant ruling class of our time owns and controls information (Wark, 2019, p. 5).

Nos encontramos ante un nuevo modo de producción basado en la propiedad y el control del vector de información (por lo que propone el nombre de *vectorialismo*). Esto no acaba con la explotación laboral, igual que el capitalismo tampoco acabó con la extracción de rentas por parte de los terratenientes: los modos de producción coexisten e interactúan, solo cabe preguntarse si está emergiendo uno adicional (Wark, 2019, p. 7). El recorrido que sigue para demostrar su tesis es fiel al modo de análisis marxista: comienza por las fuerzas productivas que instrumentalizan la información, continúa con las relaciones de producción a las que estas dan lugar mediante nuevas formas de propiedad y concluye con los antagonismos de clase que generan.

Si bien la información siempre ha sido central para el capitalismo, Wark considera que hoy es la fuerza de producción dominante. La clase vectorialista ya no necesita poseer las otras fuerzas productivas: muchas grandes corporaciones ni siquiera fabrican sus propias mercancías sino que basan su poder en el control de la información. Este no es solo el caso de empresas tecnológicas como Google, Apple, Facebook, Amazon o Microsoft (GAFAM), sino que se ha convertido en un modelo de negocio que se extiende al resto de empresas: encontramos ejemplos como Walmart, que podría considerarse más una empresa logística que unos grandes almacenes en la medida en que debe su éxito al uso de información para organizar los flujos de mercancías y trabajo a lo largo de su sistema de distribución, así como para establecer modelos predictivos sobre las decisiones de sus clientes. Esto muestra cómo, en palabras de Wark, la instrumentalización de la información se extiende hasta el proceso productivo (ya sea en forma de robótica industrial o de vigilancia detallada y constante del trabajo vivo) y hasta las redes globales de medición, comando y control en tiempo real (Wark, 2019, p. 78). Por tanto, debemos atender a esa infraestructura vectorial formada por el conjunto de aparatos que permiten observar, medir, registrar, controlar y predecir; tecnologías que no solo recaban cantidades ingentes de información sino que la ordenan, gestionan y procesan para extraer su

valor. Esta abundancia o exceso supone un dilema para la propia forma-mercancía: si su premisa principal es la escasez (que hace posible la desigualdad y por tanto la opresión, dominación y explotación de una clase sobre otra), la información posee unas cualidades ontológicas que la hacen infinitamente replicable y barata tanto en su almacenamiento como en su transmisión. Esto obliga a encerrarla en nuevas formas de propiedad privada, que a su vez dan lugar a nuevas relaciones de producción.

Wark señala cómo, a finales del siglo XX, la propiedad intelectual emergió como un derecho de propiedad privada absoluta en formas legales como patentes, derechos de autor y marcas comerciales; formas que necesitan aplicación legal transnacional por la naturaleza abstracta y escurridiza de la información (Wark, 2019, p. 42). Todas las formas de propiedad privada cristalizan en una relación de clase: la propiedad privada de la tierra dio lugar a la clase dominante del terrateniente y la clase subordinada del campesino; la propiedad privada del capital dio lugar a la clase dominante del capitalista y la clase subordinada del obrero; la propiedad privada de la información da lugar a la clase dominante del vectorialista y la clase subordinada del hacker. En esta nueva economía política, la clase hacker es aquella que produce información nueva a partir de la vieja y la clase vectorialista es la que posee y controla el vector o la infraestructura material que permite que esa información sea recabada, almacenada, transmitida y procesada (así como las patentes, los derechos de autor, las marcas comerciales y los procesos lógicos).

Para analizar el antagonismo que se da entre vectorialistas y hackers, Wark toma los tres componentes de las relaciones de clase: propiedad, autoridad y cualificación. La dominación vectorialista se basa en la ley de propiedad intelectual que convierte la información en su propiedad privada; su autoridad se automatiza en la forma de una vigilancia y cuantificación ubicuas tanto de las personas como de las cosas; y, finalmente, hace que la cualificación requerida se vuelva cada vez más técnica reservando el ejercicio del poder a una élite de

expertos. Si los hackers no se organizan contra esto es porque, como en el resto de clases subordinadas, la conciencia de clase es poco común entre ellos; de ahí que la autora reivindique la urgencia de encontrar un interés de clase común, que para ella reside en que todos producimos nueva información pero no poseemos los medios de realizar su valor. Esta conciencia debería abrir la posibilidad de alianzas cambiantes entre las distintas clases subordinadas y conducir a una nueva política del conocimiento basada en la producción colaborativa de saberes contrahegemónicos (especialmente en áreas científicas y técnicas) con el objetivo de entender el desarrollo de las fuerzas productivas en otros términos distintos a los de la clase dominante.

En el libro se plantean otras soluciones poco desarrolladas como el cooperativismo de plataformas, pero no destaca especialmente por su valor propositivo. Eso puede resultar decepcionante, sobre todo si se tiene en cuenta que la contraportada presume de no ofrecer solo herramientas teóricas para analizar el presente sino también vías para cambiarlo. Además, algunos capítulos se desvían demasiado del tema principal y dan cierta sensación de relleno; algo que se entiende al leer los agradecimientos y ver que se trata de una recopilación de textos originalmente escritos por separado. Sin embargo, como experimento es interesante: aunque la tesis principal pueda ser rebatible, la oposición con la que topa de entrada fuerza a preguntarnos si también hemos acabado creyendo que el capitalismo es eterno. La buena noticia es que no lo es; la mala es que podríamos estar entrando en algo peor. Nos encontramos ante una nueva economía basada en el control de la información, para la que el planeta entero se convierte en una esfera de la que extraer recursos y todo es mercantizable. Pero, igual que el capitalismo, tampoco durará para siempre.

Antonio Navarro Hinojosas
Investigador independiente
cephalorgie@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-7017-1874>